

LOS CONDES DE FERNÁN NÚÑEZ, TRES MARINOS CORDOBESSES

Fernando GONZÁLEZ DE CANALES Y LÓPEZ-OBREGÓN
Capitán de Navío

Introducción (1)

SUCEDIÓ un día en el Archivo Municipal de Córdoba. Buscaba allí datos sobre el Regimiento Provincial de Bujalance (2), cuando conocí a don Juan Galán, cordobés de pro y gran conocedor de la historia de la capital andaluza, quien hizo llegar a mis manos una copia de la conferencia que, con el título de «Marinos ilustres cordobeses», el notario de Madrid don José Valverde, de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, dio el 19 de septiembre de 1980 a la tropa de la guarnición de Córdoba. La disertación se pronunció en el acuartelamiento del Regimiento de Infantería Ligera La Reina núm. 2, y se enmarcó en los actos celebrados en toda España para conmemorar el Día de la Mar. En ella se recogían unas breves notas biográficas relativas a 31 marinos que sirvieron en la Armada española entre los siglos XVI y XVIII bien, nacidos en la capital o en la provincia bien, muy ligados a una u otra

Los nombres de muchos de estos marinos aparecían en el callejero del barrio Parque de Figueroa, situado en la zona noroeste de Córdoba. Este barrio quizá sea el único en España dedicado exclusivamente a la Armada española. Fue proyectado y edificado por los arquitectos Rafael de la Hoz, José Chastang Barroso y Gerardo Olivares James, quienes iniciaron su

(1) Este artículo forma parte del estudio que el autor está realizando sobre los aspirantes, guardiamarinas, oficiales particulares y generales nacidos en Córdoba capital o en su provincia, o que estuvieron muy ligados a una u otra entre el siglo XVI y mediados del XIX. Hasta ahora se han identificados por localidades y números los siguientes: Adamuz, 1; Aguilar de la Frontera, 1; Baena, 5; Benamejí, 2; Bujalance, 1; Cabra, 14; Cañete de las Torres, 1; Carcabuey 1; Carpio de Córdoba, 1; Castro del Río, 14; Córdoba, 59; Doña Mencía, 6; Espejo, 1; Fernán Núñez, 4; Fuente Ovejuna, 1; La Rambla, 7; Lima, 1; Lucena, 24; Madrid, 2; Montalbán, 2; Montemayor, 1; Montilla, 20; Priego de Córdoba, 5; Puente Genil, 7; Santaella, 2; Sevilla, 2; Zújar, 1. Total, 202.

(2) Fue creado en 1935 y disuelto en 1843. Varios hijos de los mandos de esta fuerza optaron por servir en la Real Armada. Así, por ejemplo, el padre del brigadier don Dionisio Alcalá Galiano fue capitán de este regimiento.



construcción en 1968. Dos años después, el conjunto residencial era inaugurado por don Juan Carlos y doña Sofía, a la sazón príncipes de España. Sobre una superficie de 100.000 metros cuadrados se levantaron 2.000 viviendas, concebidas como edificaciones de una isla cuyos habitantes no necesitaran nada de lo que ofrecía el centro de la ciudad.

La isla está separada del entorno urbanístico que la circunda por la avenida del Mediterráneo y la calle

del crucero *Baleares*. En estas arterias desembocan diferentes pasajes que parten de la plaza de la Marina Española (3), eje del Parque y centro social de este, donde un ancla, símbolo de la Armada, y la torre en forma de vela de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción simbolizan las galeras, naos, galeones, navíos, fragatas... a bordo de los que se escribieron las brillantes hojas de servicio de estos marinos cuyo nombre honra los mencionados pasajes de este barrio cordobés, solo uno de los cuales (el Batalla de Lepanto) luce un nombre que no pertenezca a alguna personalidad histórica de la Armada.

De entre todos estos ilustres nombres, hemos escogido tres: don Francisco de los Ríos y Córdoba, y sus hijos Pedro y José Gutiérrez de los Ríos Zapata, pertenecientes a la casa de los condes de Fernán Núñez (Gutiérrez). La razón de que los hayamos seleccionado es su valor histórico emblemático, pues son personajes puente, a caballo entre dos dinastías, que vivieron el tránsito de la Marina de los Austrias a la Real Armada de los Borbones, en el curso de la cual conoció su fin la Escuadra de Galeras —que tantos triunfos obtuvo para España—, con la subsiguiente desaparición del empleo de capitán general de las Galeras, que ostentó el segundo de sus hijos.

Francisco Gutiérrez de los Ríos y Córdoba (Córdoba 1644-1721) (4)

Tercer conde de Fernán Núñez, vizconde de Abencaleb, señor de La Morena, caballero de Alcántara y comendador de Montealegre, en la Orden de Alcántara. Capitán general de la Armada del Mar Océano.

(3) Solo otras cuatro plazas españolas reciben este nombre, y todas, curiosamente, pertenecen a localidades del interior (Sevilla, Guadalajara, Palencia y Madrid).

(4) En cuanto a la fecha de su fallecimiento, no existe unanimidad. Una estampa con su retrato recoge en su zócalo la siguiente leyenda: EL EX.MO S.R. CONDE DE FERNÁN NÚÑEZ D. FRAN.CO GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS Y CORDOBA, NACIÓ EN 14 DE MARZO DE 1644. HIZO DISTINGUIDOS SERVICIOS, POLÍTICOS, Y MILITARES: CULTIVÓ LAS CIENCIAS/ESCRIBIÓ EL LIBRO INTITUL. DO EL HOMBRE PRÁCTICO FOMENTÓ LA AGRICULTURA, E INDUSTRIA DE SUS/VASALLOS, ENTRE LOS QUALES ACABO SUS DÍAS EN 1.0 DE ABRIL DE EDAD DE 73 A.S Y 19 DIAS/SU POSTERI-

Siguiendo la tradición familiar, iniciada por don Alonso Gutiérrez de los Ríos como paje de los Reyes Católicos, su niñez trascurrió al servicio de la reina Mariana de Austria, esposa de Felipe IV. De muy joven se incorporó a la Armada del Mar Océano, donde en 1665 mandaba tres bajeles con los que en 1667 llevó con sonado éxito refuerzos de tropa a los Países Bajos, invadidos por Francia. Firmada la paz al año siguiente, fue nombrado embajador extraordinario ante el emperador de Alemania y el rey de Polonia, con motivo del casamiento de este último. Ante la nueva invasión francesa, retorna a Flandes en 1669. Posteriormente ejercerá de embajador ante los reinos de Suecia y Polonia entre 1670-1676. En 1775 escribió al duque de Osuna para quejarse de que otros recibían el premio de la corte cuando «ni han derramado tanta sangre como yo ni han mojado en la enemiga la espada tantas veces ni la pluma en algodones tan importantes como VE sabe que han pasado y pasan por mis manos» (5).



En 1676 casó con doña Catalina Zapata de Mendoza y Silva, nieta de la princesa de Éboli, y al año siguiente, nombrado sargento mayor de batalla, pasa a Sicilia.

En 1683 se le nombra jefe de artillería de la Armada, como señala en una carta que remitió *ad hoc* al duque de Pastrana (6). Embarcado en el galeón *San Diego* en visita de inspección, recaló en distintos puertos y ensenadas del Mediterráneo entre su nombramiento y marzo del siguiente año.

En 1688 se le nombra gobernador civil y militar de Cádiz. En 1693, a la altura de Lagos, el conde de Touville ataca al *Smyrna*, convoy angloholandés compuesto por 19 naos que se dirigía al Mediterráneo. Destruída la escuadra de protección, el convoy se refugia en Cádiz. Pero Touville, dispuesto a recuperar dichas naos, bloquea la ciudad y desembarca sus tropas en Chipiona; no obstante, ante la enérgica respuesta del gobernador, que movilizó a la milicia urbana y a un grupo de voluntarios, y visto el cierre de la bahía que Fernán Núñez había ejecutado con los bajeles de su mando, la fuerza atacante se verá forzada a reembarcar.

Al iniciarse la Guerra de Sucesión, nuestro protagonista se decanta por Felipe de Anjou como legítimo sucesor de Carlos II, y asume la defensa de su

DAD DESEA PERPETUAR LA MEMORIA DE SUS VIRTUDES PARA QUE LE SIRVA DE EXEMPLO. (Estampa aguafuerte y buril huella de la plancha 302 x 210 mm, en h. de 429 x 309 mm.)

(5) BNM, Ms. 10.447. Bruselas, 29 de mayo de 1675.

(6) Cádiz, 11 de julio de 1683.



Cádiz, las consecuencias serían serias, sobre todo para el comandante de la escuadra inglesa, el duque de Harmond. Ante esta amenaza, el embajador británico envió al duque la siguiente información: «Te envío esta para prevenirte contra el Conde de Fernán Núñez. Es el Maestre General de las Costas de Andalucía y ha dicho públicamente que si te atreves a presentarte en Cádiz, acabará

causa con tanto celo que los partidarios del archiduque Carlos de Austria le llamarán «el Gran Boutifler de España» (7).

En 1702 circulaban rumores de que el pretendiente austriaco preparaba una flota para invadir las costas de Andalucía. El conde de Fernán Núñez, al enterarse, manifestó que si los aliados se acercaban a las playas de

para siempre con tus provocaciones». El 24 de agosto de 1702, una escuadra angloholandesa, mandada por los generales duque de Harmond y Jorge Hesse, príncipe de Armstad, ataca Cádiz. Quinientos ingleses al servicio del archiduque Carlos de Austria desembarcan en la costa de poniente de la bahía, en las ensenadas de los Cañuelos, y en Rota, donde ocupan las baterías de la Puntilla y la Bermeja. Rendida Rota, un regimiento desembarca en El Puerto de Santa María y prosigue su avance hacia Cádiz hasta que es detenido en Matagorda por el fuego conjunto del castillo de Puntales y de las galeras de España y Francia, mandadas por el conde de Fernán Núñez, a las que auxilian refuerzos procedentes de Sevilla y la caballería ligera compuesta por los famosos jinetes de la nobleza andaluza. No pudiendo reducir la defensa española, la flota agresora reembarcó tras un mes de combates infructuosos.



Bando de Francisco Gutiérrez de los Ríos.

(7) Los austracistas llamaban *boutiflers* a los partidarios de los Borbones. Ello pudiera obedecer a que la flor de lis, símbolo de la Casa de Borbón, también se conoce por «la bella flor» (*beauté fleur*), o quizá se deba al apellido del mariscal Louis François de *Boufflers*, aristócrata y militar francés que participó en la Guerra de Sucesión española al servicio de Luis XIV.

Por su heroica labor, la Corona le recompensó con 500.000 pesos en oro y el título de Liberador de Cádiz, mientras que la ciudad de Córdoba le daba las gracias por real cédula de 15 de septiembre de 1702.

Tomado Gibraltar en 1704 por la escuadra inglesa del almirante Rooke, supuestamente en nombre del archiduque Carlos —los británicos no parecieron entenderlo así en el curso de las negociaciones de paz—, el conde acude con sus fuerzas en auxilio de la guarnición que se había desplazado a San Roque para recuperar el Peñón, tentativa que resultaría infructuosa.

En 1705 otra escuadra angloholandesa, esta vez al mando del conde de Peterborough, intentó un segundo asalto a Cádiz, siendo nuevamente rechazada merced a la heroica actuación del conde.

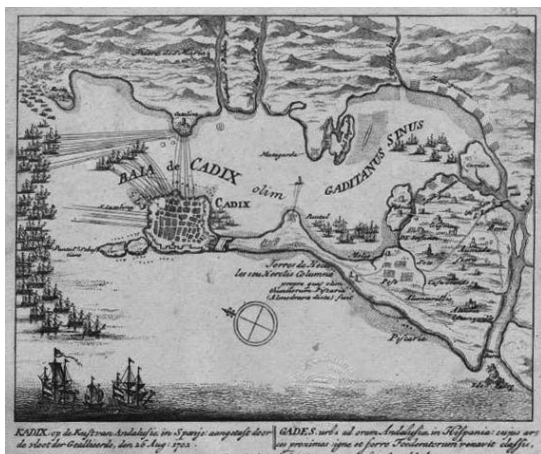
El prestigio de que los hechos relatados revistieron a don Francisco propició que Su Majestad le nombrase vizconde de Abencaleb, señor de La Morena, caballero de Alcántara y comendador de Montealegre, caballero del Supremo Consejo de Guerra (Ministerio de Defensa de la época), de la Real Junta de Armadas y de la Junta de Guerra de Indias, gobernador militar de Cádiz, gobernador general del reino de Córdoba, gobernador de la Armada y Ejército del Mar Océano —con preeminencias de capitán general propietario—, general de los navíos y galeras, teniente de príncipe de la Mar, en España, y vicealmirante de Francia, en ausencia del conde de Trevise, que mandaba la escuadra francesa en aguas de Cádiz.

Otro aspecto de su vida por el que adquirió notoria fama fue la obra *El hombre práctico*, terminada en 1680 y publicada en Sevilla seis años después, con las iniciales del autor incompletas y falso pie de imprenta de Bruselas, algo que aconsejaba la heterodoxia de algunos de sus contenidos. El aperturismo en materia de pensamiento traído por el reformismo borbónico hizo posible las reediciones en España de 1764 y 1787, por las cuales «ha de ser reconocido como un antepasado ideológico de Feijoo y un “heraldo de la Ilustración”, por haber adoptado la actitud de curiosidad y reflexión sin exigencias eruditas que conduce al género que llamamos “ensayo”», como señala Guillermo Carnero en su comentario a la reedición de la obra de 2000 (8).



Busto del conde Fernán Núñez.

(8) Córdoba, CAJASUR, 2000, 323 páginas, con edición y notas de Jesús Pérez-Magallón y Russell P. Sebold.



Batalla de Cádiz. 1702.

Aunque el libro estaba destinado únicamente a la instrucción privada de los hijos del autor, el censor señaló su utilidad para todos aquellos hombres que nacieron para desempeñar altos empleos, habida cuenta la sabiduría acumulada por el autor al correr de los años, lo esclarecido de su juicio y la experiencia por él atesorada al servicio de España en las más altas magistraturas y en el ejercicio de la disciplina militar terrestre y naval. Todo en el manual se ordena a formar un excelente hombre práctico, puesta la mira en ilustrar su entendimiento y fortalecer su voluntad para

que pueda traducir esta formación en aciertos para su vida y, al ofrecérsele los más altos empleos civiles y militares, en actos de buen gobierno.

Los 61 ensayos —llamados por el autor «discursos», del verbo *discurrir*— que integran la obra se pueden dividir en cuatro partes. Las tres primeras se centran en el ser humano mismo y subrayan la importancia de la educación, tanto física como intelectual, y la necesidad de atesorar conocimientos. Es en la cuarta parte donde nuestro protagonista se ocupa del servicio de los príncipes y la cosa pública, de la corte y los cortesanos, del trato con los superiores, los iguales y los súbditos, de la patria... En este apartado también se hallan consideraciones acerca de la felicidad y la resignación, el matrimonio, la conversación y el juego... Como se habrá advertido, el manual toca temas de lo más dispar —gramática, lenguas históricas y contemporáneas, historia, matemáticas, filosofía, teología, leyes, medicina, economía, astronomía, pintura y escultura, poesía, música, el miedo, el valor...—, aunque, bajo esta aparente dispersión, las reflexiones del autor siguen el itinerario cronológico de la vida de la persona; y así, si la colección comenzaba con discursos relativos a la generación y educación de los jóvenes, se cierra con disertaciones sobre los testamentos, fábricas y sepulcros. En definitiva, no es de extrañar que esta obra haya cobrado en nuestros días renovada actualidad, pues los temas de que trata son intemporales y componen las eternas inquietudes del ser humano.

Pero su actividad intelectual no termina aquí. También cultivó el género epistolar, que ocupa una gran porción de su vida. Entre 1679 y 1684 escribió unas 6.000 cartas, todas ellas registradas gracias a la relación diaria que llevó de las mismas, cartas que empiezan remitiéndose desde la villa de Fernán Núñez y terminan enviándose desde El Puerto de Santa María.

Esta fuente ofrece una gran cantidad de noticias sobre las prácticas de la nobleza hispánica y europea altomoderna, cuyos usos epistolares revelan un sentido egregio de la sociabilidad. Esta correspondencia se ocupa de variados temas: asuntos particulares en relación con deudos y amigos, temas diplomáti-

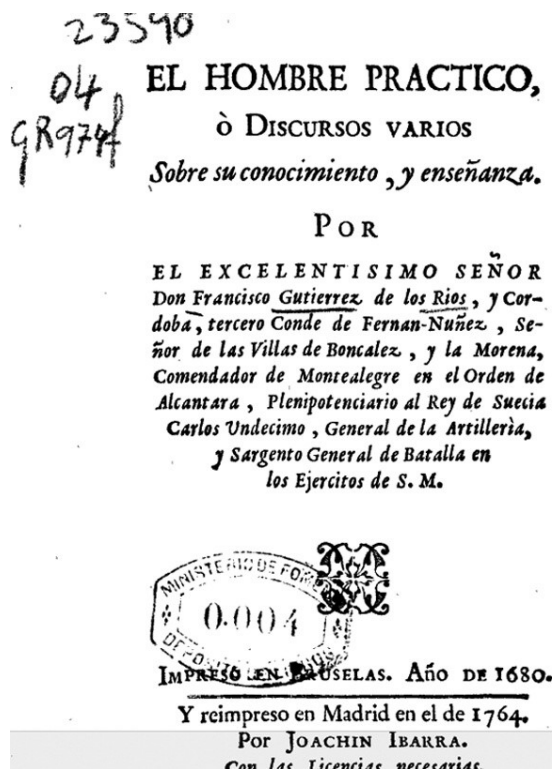
cos, políticos y militares... Las cartas también servían para hacer notar ascensos o mudanzas de cargo o de estado, con exposiciones sobre nuevos cometidos, y llegaba a adjuntar copia del nuevo título otorgado, para así certificarlo. En este sentido, cuando se le designó gobernador de Cádiz, remitió 64 cartas a distintas personalidades políticas, religiosas y militares. Cerrando este capítulo de su correspondencia, señalemos que también aporta datos sustanciosos sobre el proceso de redacción de *El hombre práctico*.

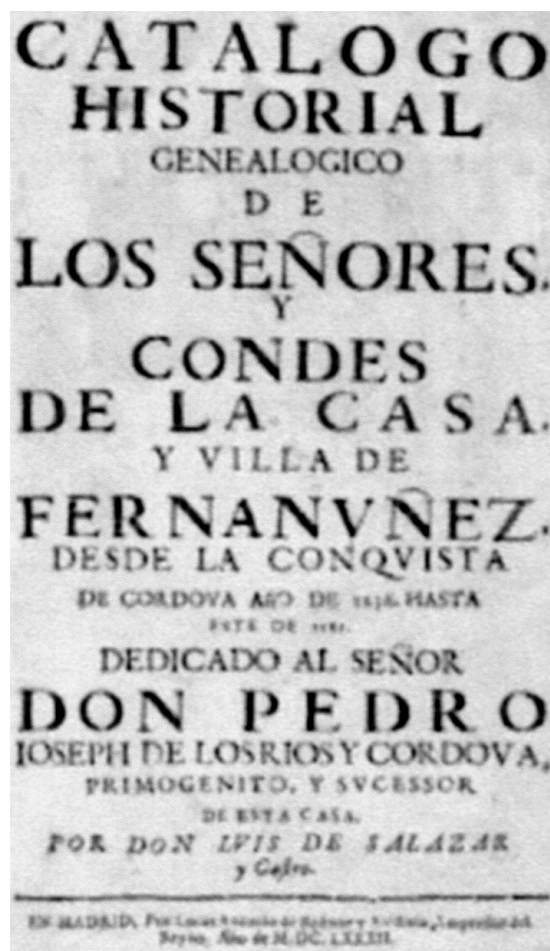
Destacamos dos cartas que recogen sendos hechos curiosos ocurridos en 1868, cuando era gobernador civil y militar del Cádiz. Dos hijos de reyes llegaron a Cádiz en ese año,

«... el primero Henry Fitzroy, elevado a la condición de duque de Grafton por deseo de su padre Carlos II Estuardo; El segundo el príncipe africano Oquere Osinu, tristemente vendido como esclavo a unos negreros daneses, en el puerto de Kormantse, no lejos de Elmina, tras haber caído prisionero en la guerra que le costó la vida a su padre. Rey de Fantijn (...) Para agasajar a Fitzroy, el Conde organizó la representación de una comedia. El encuentro con el bastardo real le hizo recordar, sin duda, su estancia en tierras inglesas, cuando viajó a las islas desde Flandes “para ver aquel Reyno y Armada” en 1669, como le escribe al duque de Pastrana, Gregorio de Silva y Mendoza, en una carta de aviso sobre la llegada a Cádiz del “hijo del rey precedente de Yngalaterra”. En cambio, Fernán Núñez compró a Oquere Osinu a los mercaderes daneses a bordo de su propio navío. Poco después pudo comprobar que, al llevar a su casa al nuevo esclavo “los demás negros de su naziön todos lo reberenciaron diziendo era hijo de su Rey”» (9).

Por último, para conocer su identidad nobiliaria y aristocrática encargó a don Luis de Salazar y Castor (Valladolid 1658-1734), cronista oficial de España y las Indias y considerado uno de los grandes genealogistas del siglo, el *Catálogo historial genealógico de la casa de Fernán Nuñez*, también llamado

(9) BOUZA, Fernando: *La correspondencia del hombre práctico. Los usos epistolares de la nobleza española del siglo de oro, a través de seis años del tercer conde de Fernán Nuñez (1678-1684)*.





Catálogo historial genealógico de los señores y condes de la casa y villa de Fernán Núñez desde la conquista de Córdoba, año de 1236 hasta este de 1682. Con la elaboración de este catálogo, el conde pretendió acreditar su identidad nobiliaria y aristocrática, demostrando su nobleza como legítimo sucesor de sus antepasados, y a la vez ser reconocido, merced a su historial, dentro de la aristocracia contemporánea, algo esencial a la hora de demandar a la corona española recompensa por los servicios prestados, bien con cargos militares y políticos, bien con un título ducal o el de grande de España, el rango más alto al que puede aspirar un noble que no es un infante o príncipe de Asturias.

Murió en Córdoba, en 1721. Sus restos descansan en la iglesia mayor de Fernán Núñez. No así su corazón que, tal como él dispuso, fue trasladado al convento de la Concepción de Córdoba, para reposar junto a las muchas mujeres de su familia que

habían terminado allí sus días como monjas, como su hermana Inés, abadesa de dicho convento.

Noble culto y letrado, militar heroico en mar y tierra, coleccionista de arte, se ocupó de mejorar el cultivo y la productividad de sus tierras, y hasta implantó manufacturas, para mayor provecho de las cuales importó técnicos extranjeros. También se significó por su labor asistencial en beneficio de sus colonos y vasallos. Sin embargo, no por todo eso dejó de ser, en ocasiones, un fiel y sombrío reflejo de la nobleza de la España de Carlos II, como se aprecia en el inventario de bienes de su testamentaría, donde aparecen, en absoluta equivalencia, las obras de Góngora junto a 22 chorizos extremeños, pintoresco detalle que delata en nuestro personaje cierta tosquedad de fondo.

El ejemplo de su vida y su amor a las armas fue seguido por dos de sus hijos: Pedro, cuarto conde de la casa nobiliaria, que alcanzó el generalato en la Armada española, y José, quinto conde, quien, después de una vida llena de triunfos en la mar, fue el último capitán general de las Galeras de España, todo lo cual se verá con detalle posteriormente.

La casa nobiliaria que lleva el nombre de la villa de Fernán Núñez, donde se asienta su castillo, sigue siendo objeto de estudio en las principales univer-

sidades europeas, señal de la relevancia que esta estirpe tuvo en la historia de España y del mundo, siempre, directamente o indirectamente, en provecho de su nobleza e hidalguía.

Pedro Gutiérrez de los Ríos Zapata (Madrid 1677-Cádiz 1734)

Cuarto conde de Fernán Núñez, general de la Real Armada del Mar Océano y de sus Ejércitos. Primogénito del tercer conde de Fernán Núñez, don Francisco Gutiérrez de los Ríos y Córdoba, y de doña Catalina Zapata Silva, hija del tercer conde de Barajas.

Caballero muy religioso, perteneció a la Orden de Calatrava, de la que fue comendador, así como clauero del Castillo y Sacro Convento con la categoría de dignidad. Casó con doña Ana Gutiérrez de los Ríos, con la que no tuvo descendencia.

Se incorpora muy joven a la Armada. En 1702, a las órdenes de su padre, participa en la defensa de Cádiz contra una flota angloholandesa compuesta de 50 navíos, 30 ingleses y 20 holandeses. En 1705 obtiene el nombramiento de gobernador general de la Armada, para suplir las ausencias de su padre. En 1715, al mando de una escuadra, recupera la isla de Mallorca, en posesión de las tropas imperiales. Comandando la Escuadra de Galeras obtiene notables éxitos en los que demostrará su arrojo, valor y dotes de mando, lo que le procurará la concesión por Su Majestad, en 1728, del título de grande de España con carácter hereditario. Muerto sin descendencia —como quedó dicho—, su título lo heredaría su hermano menor, José, capitán general de las Galeras de España.

En el Museo Naval se conserva un escudo de armas que aparece inventariado como suyo:



Escudo de Pedro Gutiérrez de los Ríos y Córdoba. (Museo Naval, n.º inv. 116. Madrid).

«Sobre la caña de un ancla, un escudo ovoide con las armas de la familia, timbrado por corona ducal con lambequines españoles y burelete, orlado por gallardetes azules, rojos y blancos. En la parte inferior, a la izquierda, otro escudo ducal también sobre un ancla, con lambequines españoles y burelete,

que recoge el central del escudo anterior y a la derecha, una corona ducal sobre un anagrama».

Sin embargo, a la atribución de este escudo a don Pedro Gutiérrez cabe oponerle una objeción: la corona ducal que ostenta, la cual induce a pensar que quizá corresponda a algún descendiente de aquel, ya que la casa nobiliaria de Fernán Núñez no se convirtió en ducado hasta 1793, aunque al tratarse de corona cubierta de grande bien pudiera ser considerada condal (10).

Existe un retrato suyo, obra del pintor de cámara de Carlos II Antonio Asciano Palomino (1655-1726), cuyo paradero se desconoce.

José Diego Gutiérrez de los Ríos y Zapata (Madrid 1667-Cartagena 1749)

Cuarto conde de Fernán Núñez, capitán general de las Galeras de la España. Hijo menor del tercer conde Fernán Núñez y de doña Catalina Córdova Zapata y Mendoza, hija a su vez del conde de Barajas. Contrajo matrimonio en 1710 con Charlotte Félicité de Rohan-Chabot, hermana del cardenal Rohan. Su hijo Carlos José V, conde que llegó a alcanzar el grado de mariscal de campo de los Reales Ejércitos, escribió una *Vida de Carlos III*. A la muerte de su hermano Pedro le sucedió en el mayorazgo, en el título y por último, después de una dilatada carrera en la Armada, en el cargo de capitán general de las Galeras de España.

Inició su andadura militar en 1683, sirviendo como soldado de marina en la compañía del maestre de campo don Bernabé Alonso de Aguilar, empleo que ejerció durante casi doce años a las órdenes de diferentes mandos, entre ellos el de su padre, mariscal de campo y gobernador militar y civil de Cádiz.

Entre 1696 y 1699 permaneció embarcado como integrante de la Compañía de Mar y Guerra. En el galeón *Nuestra Señora de la Purísima Concepción y de las Ánimas*, capitana real de la escuadra de don Antonio de Gaztañeta, viaja a las islas Canarias y navega por el mar Mediterráneo y el océano Atlántico.

En 1701 ingresa como guardamarina en la Armada francesa, que ya desde 1683 disponía de sendas compañías de este tipo en los tres puertos militares: Brest, Rochefort y Tolón. Allí estudiará aritmética y geometría elemental, resumen de la esfera, uso de instrumentos astronómicos, fortificación e hidrografía, y recibirá enseñanzas prácticas de tiro y construcción de buques. Al año siguiente asciende a alférez de navío, empleo con el que participará en el combate de Vélez-Málaga y, posteriormente, en el bloqueo de Gibraltar. Por lo méritos contraídos en estos hechos de armas, en 1703 es ascendido a teniente de navío.

(10) Anónimo español, s. XVIII. Acuarela sobre pergamino, 25,4 x 20 cm.

Dos años después asciende a capitán de navío, y al año siguiente es nombrado edecán de Su Majestad, a quien en calidad de tal acompaña en el sitio de Barcelona. En el mismo año se le nombra gobernador de las Galeras. En 1707, al mando de estas se destaca a Puntales (Cádiz) para reforzar la defensa de dicha plaza. Entre 1708 a 1713 participa en las operaciones más sobresalientes efectuadas en el Mediterráneo en ese lapso —socorro y evacuación de la plaza de Orán, toma de Alicante, sitio de Tolosa, socorro de Mahón, bloqueo de Barcelona, socorro de Melilla—. Como señala Fernández-Duro, «en todas estas operaciones del Mediterráneo prestaron buen servicio las galeras de España del mando de D. José de los Ríos, que puede decirse que se mantenían de lo que tomaban a los enemigos» (11).

En 1724 es nombrado con carácter y honores de capitán general y en 1729 traslada en su escuadra a S.M. de Sevilla a Sanlúcar de Barrameda. Dos años después se le confiere en propiedad el empleo de capitán general, «en atención a sus dilatados y agradables servicios y ejecutados del expresado año de 1726 en la Armada del Océano, la del Sr. Cristianísimo y en el ejército de tierra cerca de la persona del Rey N.S.» (12).

Continuó su actividad en el Mediterráneo hasta la disolución, en 1747, del Cuerpo de Galeras. A partir de entonces prestaría servicio a las órdenes del almirante general de España, el infante don Felipe. Fue el último capitán general de las Galeras de España, y con él se cierra la brillante historia de los condes de Fernán Núñez al mando de este egregio cuerpo, que tanto honor y gloria dio a España.

Al retirarse se llevó a su casa el estandarte que arboló en su galera capitana, bella joya histórica que hoy día se puede contemplar en el Museo Naval de Madrid. El estandarte en cuestión está compuesto de un damasco rojo cosido sobre una vela, procedente esta de una galera turca tomada al enemigo en la batalla de Lepanto (1571) y llevada como trofeo probablemente por don



Retrato de José Diego Gutiérrez de los Ríos.

(11) FERNÁNDEZ- DURO, Cesáreo: *Armada española*, t VI. Madrid, 1973, p. 83.

(12) PAVÍA, Francisco de Paula: *Galería biográfica de los generales de Marina*, t. I. Madrid, 1873, p. 545.



Pendón (M.N.M., n.º inv, 1.121).

Diego Gutiérrez de los Ríos, señor de Ascalonias, a su feudo de Fernán Núñez (Córdoba). El trabajo, obra de un discípulo de Murillo, pudo ser encargado por su nieto don Francisco, tercer conde de Fernán Núñez, o por uno de sus bisnietos marinos, don Pedro y don José, cuarto y quinto conde, ya que todos ellos sirvieron en la Armada como capitanes generales de Galeras.

«Seda roja de forma rectangular, cosida a una vela, rodeado de una cenefa damasquinada de oro con su lado derecho curvilíneo. Tres figuras y tres escudos aparecen distribuidos homogéneamente en toda la superficie. En el centro, un Cristo Crucificado y bajo Él un gran escudo rodeado por el Toisón de Oro y la corona con las armas reales de Castilla, León, Aragón, Dos Sicilias, Austria, Borgoña, Flandes y Tirol. A su derecha, Nuestra Señora la Virgen María entronizada, tres parejas de ángeles la acompañan, la sustenta una nube, otra porta las torres de la Virtud y la tercera, las palmas de la gloria y la corona. A su izquierda, un Santiago, Patrón de España, armado a lo antiguo, la espada en la mano derecha levantada, y en la izquierda, un estandarte con una Cruz, sobre un caballo blanco corriendo y en el suelo jenízaros turcos; uno ha dejado caer su escudo y su carcaj de flechas; otro con la cabeza rapada a la moda militar otomana, intenta un postrer movimiento defensivo con el escudo

y la cimitarra; cuerpos yacentes en el fondo. A ambos lados y debajo de las anteriores figuras, dos escudos menores gemelos sobre metopa y cruz de Alcántara, bajo corona. Una bordura de castillos y leones acoge los cuarteles de los que “en jefe” aparecen las armas de los Ríos» (13).

En 1871 se encontraba en el palacio de los duques Fernán Núñez, enrollado en un grueso cilindro de madera. El día del Corpus Christi se exponía colgado del balcón principal. Don José María Rey, cronista oficial de la provincia de Córdoba, a principios de siglo le rindió en estas letras un sentido homenaje: «¡Lienzo venerable, padrón de hazañas y de glorias de la historia y del arte, del tiempo en que España era! Yo te saludo y te rindo homenaje, porque unes en lo burdo de tu tejido el recuerdo de Lepanto, hasta donde llegaste empujado por el viento, y los destellos de luz que en ti dejaron los pinceles del mejor discípulo del taller de Murillo».

En 1940 fue donado al Museo Naval de Madrid por don Manuel Falcó y Anchorena, duque de Fernán Núñez, y doña Mercedes Falcó Anchorena, duquesa del Arco.

(13) O'DONNELL, Hugo: *Las joyas del Museo Naval*, p. 133, y GONZALEZ DE CANALES Y LÓPEZ-OBREIRO, Fernando: *Catálogo de pinturas del Museo Naval*, vol. IV. Madrid, 2001. Características técnicas: autor, Francisco Meneses Osorio (mediados del siglo XVII); aspillera revestida de damasco rojo, pintada al óleo sobre seda de 680 x 865 cm. Restaurado en 1986.